

González Enciso, Agustín (2012)

El nacimiento del Capitalismo en Europa,
Eunate, Pamplona

Reconocemos a un auténtico académico por una actitud vital fundamental: la búsqueda constante de la verdad. Esta búsqueda, ardua pero amorosa, se convierte en una aventura en la que el mismo buscador va descubriendo su propia voz, su narrativa personal de la realidad. Son necesarios muchos años de estudio y vida universitaria para que dicha voz goce de autoridad académica, pero cuando eso ocurre, conocerla se convierte en obligación para otros buscadores que se enfrentan al mismo objeto de estudio. Según mi parecer, en el libro reseñado encontramos condensado el pensamiento del profesor González Enciso, cuya trayectoria académica habla por sí sola: catedrático de Historia Moderna y profesor ordinario de Historia Económica en la Universidad de Navarra, es además director del Grupo de Historia Financiera y subdirector del Instituto Empresa y Humanismo de esa Universidad.

No es nada fácil, mucho menos para un historiador, expresar de manera breve y concisa cuestiones que de suyo son complejas y controvertidas; sin embargo, el autor ha logrado sintetizar en menos de doscientas páginas siglos de historia –desde los orígenes de la Edad Media hasta el siglo XVIII– para explicar la génesis y la evolución del capitalismo, algo tan espinoso como crucial para comprender la sociedad actual, porque, tal como reza la contraportada, el objetivo que persigue es “aproximarse a ese proceso de una manera abierta, que suscite la reflexión, sobre las múltiples facetas que subyacen a las manifestaciones actuales del capitalismo”.

Como advierte el autor al comienzo “el capitalismo es difícil de explicar, no sólo porque es un concepto abstracto, como otros, sino porque se aplica a situaciones que de hecho difieren entre sí” (p. 11) y, en efecto, se suele utilizar para designar situaciones muy diferentes (planificación racional, efectos del ahorro-inversión, deseo de ganar dinero, explotación del pobre, etc.). Tras repasar varios autores y matices, el autor se decanta por una definición de Pearce “el capitalismo es un sistema político, social y económico en el que las personas particulares poseen y controlan la mayor parte de la propiedad, incluidos los activos de capital” (p. 22). Si bien el término comenzó a utilizarse a finales del siglo XIX en Alemania –y suele identificarse con la sociedad que nace tras la Revolución Francesa –, su génesis se remonta al mismo comienzo de Europa como entidad autónoma, tras la caída del Imperio Romano de Occidente

RECENSIONES

en el año 476. La evolución del concepto de libertad civil es crucial para el desarrollo del capitalismo, y en este sentido, el autor destaca la influencia del Cristianismo, en particular la noción de persona –poco definida en las sociedades antiguas– y del binomio derechos y deberes, muy característico de la cultura cristiana. “La libertad es una palabra clave en la economía y en el capitalismo” (p. 27), pero no tendría sentido sin el desarrollo de las instituciones, que fueron ampliando la participación social. De hecho, es precisamente este desarrollo lo que permitió pasar del dominio señorial al feudalismo, luego al orden estamental, para acabar con las monarquías autoritarias y los estados nación, las cuatro fases evolutivas fundamentales que desarrolla el autor (p. 40) para mostrar la capacidad de crecimiento y transformación de la economía señorial hasta llegar al sistema capitalista actual.

Esta evolución determina la estructura del libro, que consta de siete capítulos: 1) Economía de mercado, capitalismo y sistema capitalista; 2) La sociedad estamental; 3) Formas capitalistas en ; 4) El espíritu del capitalismo; 5) El trabajo incesante y el espíritu de la empresa; 6) El Estado Moderno y 7) El desarrollo de la burguesía mercantil. El estudio de este amplio espectro temporal permite descubrir en las formas objetivas de manifestarse de la economía, junto a otros aspectos subjetivos e institucionales, la historia social de las organizaciones en Europa; en definitiva, una aproximación a la génesis del mundo occidental.

El orden estamental –conocido de manera ideológica como Antiguo Régimen– caracterizado por la organización en torno a grupos sociales con privilegios y una autoridad central débil, gracias a la noción de “función social” goza de “una economía subordinada a los principios fundamentales del bien común y el orden político y social” (p. 49), no cerrado ni estático, sino dinámico y abierto a las posibles novedades; en definitiva, una sociedad orgánica capaz de “acoger los cambios políticos, sociales y económicos que se iban produciendo” (p. 43), es decir, propicia para el desarrollo futuro de iniciativas de tipo capitalista, en un sentido amplio. En los siglos bajomedievales “nace el capitalismo que da origen al que nosotros contemplamos” (p. 61), gracias al libre mercado cada vez más extendido por el descubrimiento de nuevos territorios, respondiendo a un doble efecto de necesidad y oportunidad. Las principales “formas capitalistas” que se desarrollan en esta época son el “uso del dinero, libertad respecto a privilegios establecidos, superación del control de las instituciones habituales, organización racional, o confianza entre comerciantes” (p. 67). Asimismo, se observan en germen aspectos cruciales de la vida económica, como: el comercio internacional, la agricultura y los gremios, la relación entre el campo y la ciudad, el “trabajo a domicilio” –en especial la in-

RECENSIONES

dustria textil–, las actividades industriales, las necesidades de crédito y los instrumentos de crédito –en especial la letra de cambio.

Más allá de las polémicas que pueda haber en el momento de definir el capitalismo, lo que queda fuera de discusión es que se encuentra en estrecha relación con el dinero. A la actitud frente al dinero se la ha llamado “espíritu” (p. 82), y fue fruto de elucubraciones a principios del siglo XX, destacando las posturas de Sombart y Weber. Según Sombart –postura a la cual adhiere el autor– “la vida económica tiene un espíritu y a cada espíritu económico corresponde una época distinta” (p. 82). El capitalismo no ha sido el espíritu preponderante hasta la época contemporánea. Lo propio de este espíritu es no ver a la economía como algo subordinado al bien común (sino a la ganancia) y cuyo centro no es el consumo sino la producción. No me detendré en la postura weberiana, aunque sí aclararé que la tesis principal de Weber no sostiene una relación causal entre la ética protestante y el espíritu del capitalismo, como parece afirmar González Enciso: “Sería esta ética religiosa la que daría forma al verdadero espíritu capitalista, dice Weber, y no al revés, como aquí se indica” (p. 85)¹. Al margen de los matices, lo que el autor pretende destacar es “una evolución del espíritu capitalista desde posturas más humanistas, donde la libertad económica se compenetraba con un sentido de responsabilidad social, hasta posturas económicas más radicales que buscan exclusivamente el beneficio empresarial” (p. 93).

Asimismo, el capitalismo se relaciona también con el tiempo. “El capitalismo intenta poner el tiempo a su servicio, tanto el tiempo presente, como el futuro, a través del trabajo y del dinero; en definitiva, el capitalismo amolda el tiempo a su medida” (p. 105). La consecuencia más directa es el trabajo incesante, que intenta adelantar la llegada de los beneficios, bajo el supuesto de que el descanso disminuye las ganancias. El capitalismo relaciona el tiempo con el dinero (tal como denuncia Weber en las máximas de Franklin) y no con el don, como es el caso del mundo tradicional. Esto es así tanto a nivel personal como empresarial o institucional. En el plano institucional, el Estado moderno tiene una importancia fundamental en la vida económica, hasta el punto de que es el principal agente económico unitario durante mucho tiempo (ade-

¹ Weber habló más bien de “afinidades electivas” entre ambos, y en no pocas ocasiones se ocupó de desmentir a quienes no lo interpretaban de esa manera. Véase, por ejemplo *Mi palabra final a mis críticos* (en especial Rachfahl y Fischer), traducido al español por Francisco Gil Villegas en su edición crítica de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (2003, Fondo de Cultura Económica, México). En cualquier caso, conviene destacar que “Weber jamás afirmó que el protestantismo precediera al capitalismo”, Gil Villegas, F. (2003), p. 528.

RECENSIONES

más de la unidad territorial, política, social). “Un estado unificado es la organización que alcanza un grado básico de eficacia económica, por debajo del cual es difícil crecer” (p. 128), y hay una identificación entre dinero y poder político, de manera tal que, como dijo Braudel, “el capitalismo sólo triunfa cuando se identifica con el Estado” (p. 128).

Según Meyer, para que se dé el capitalismo son necesarios tres fenómenos muy complejos: la concentración de los capitales, las condiciones políticas y sociales que llevan al mantenimiento de esos procesos de acumulación y la reinversión de los capitales en función de una mejora de los rendimientos y de la producción. Después de analizar tales factores, finalmente el autor se centra en las condiciones sociales, es decir, en la conformación de un grupo humano específico capaz de mantener lo acumulado y transmitirlo a las generaciones futuras: la burguesía. El término burgués es controvertido (p. 161), pero en definitiva un burgués se define por su actividad profesional: es un no privilegiado que se gana la vida con su trabajo pero que no trabaja con las manos; o bien se dedica al comercio o las finanzas, o bien a las llamadas profesiones liberales. La mentalidad burguesa es individualista porque su ascenso social depende de su propio trabajo, libre de toda responsabilidad social. “Las vías del ascenso burgués son variadas, pero siempre pasan por el dinero” (p. 166).

La bibliografía de este trabajo, altamente recomendado como material de estudio para cursos de grado e incluso post-grado, podría ser muy extensa; sin embargo, el autor prefirió limitarse a las obras citadas y alguna otra de apoyo. Se observa en esta obra la influencia de Sombart, Braudel, Piètre, Rodríguez Casado y Vázquez de Prada, así como de los profesores Rafael Torres y Miguel Alfonso Martínez-Echevarría, con quienes González Enciso habrá mantenido numerosas conversaciones a lo largo de estos años. El libro acaba de forma un tanto abrupta, pues dan ganas de continuar con la narrativa que presenta el autor, y se echa en falta un capítulo conclusivo; sin embargo, puede darse por cumplido el objetivo que se plantea al inicio, tan simple como ambicioso: ofrecer elementos para la reflexión sobre un tema tan controvertido como el nacimiento del capitalismo (p. 14).

Germán Scalzo

Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Navarra